

# RETABLO DE MAESE PEDRO

Música arreglada por Cecilio de Roda.

Dibujos de Joaquín Xaudaró.



# RETABLO DE MAESE PEDRO

Parte II. Cap. XXVI de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.



MUCHACHO.—Esta verdadera historia que aquí á vuestras mercedes se representa, es sacada al pié de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor Don Gaiferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza:



y vean vuestras mercedes allí cómo está jugando á las tablas Don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está á las tablas Don Gaiferos,  
Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlomagno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir:



y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.

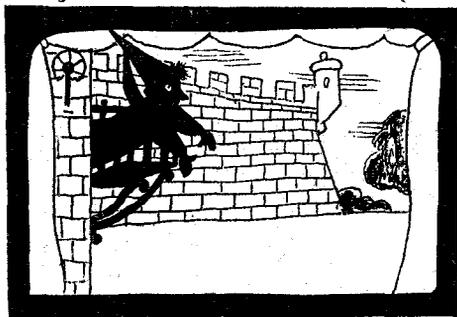


Miren vuestras mercedes también cómo el Emperador vuelve las espaldas, y deja despechado á Don Gaiferos, el cual ya

ven cómo arroja impaciente de la cólera lejos de sí el table-  
ro y las tablas, y pide apriesa las armas,



y á Don Roldán su primo pide prestada su espada Durin-  
dana, y cómo Don Roldán no se la quiere prestar, ofreciénd-  
dole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero  
el valeroso enojado no lo quiere aceptar; antes dice que él  
solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese  
metida en el más hondo centro de la tierra, y con esto se  
entra á armar para ponerse luego en camino.

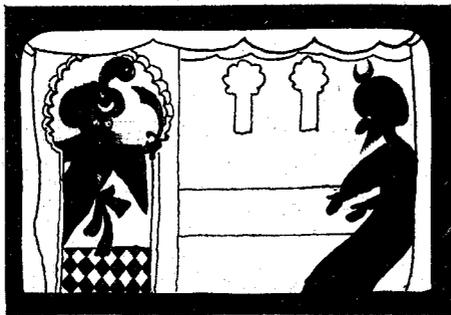


Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre que allí  
parece, que se presupone que es una de las torres del aleá-  
zar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería, y aquella  
dama que en aquel balcón parece vestida á lo moro es la  
sin par Melisendra que desde allí muchas veces se ponía á

mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en París y en su esposo se consolaba en su cautiverio. Mirèn también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás.



¿No ven aquel moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio.



Miren también cómo aquel grave moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den doscientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas

de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detrás;



y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros.

**DON QUIJOTE.**—Niño, niño, seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y reprobas.

**MAESE PEDRO.**—Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.

**MUCHACHO.**—Yo lo haré así.



Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de Don Gaiferos, á quien su

esposa esperaba, y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dice:

Caballero, si á Francia ides,  
Por Gaiferos preguntad,

Las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio:



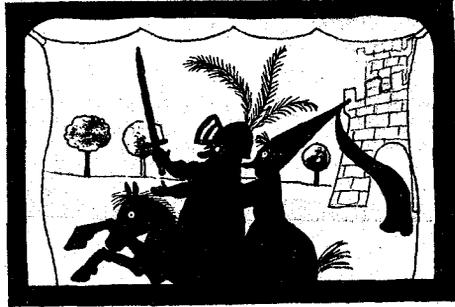
basta ver cómo Don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da á entender que ella le ha conocido, y mas ahora que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo.



Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del fal-

dellin de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo.

Pero veis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase de ella, y mal su grado la hace bajar al suelo,



y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías.

Veis también cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía.

Vais en paz, oh par sin par de verdaderos amantes; lleguéis á salvamento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida.

MAESE PEDRO.—Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala.

MUCHACHO.—No faltaron algunos ociosos ojos, que lo

suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma;



y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezcuitas suenan.

**DON QUIJOTE.**—Eso no, en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate.

**MAESE PEDRO.**—No mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle.

¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiración y todo?

Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol.

**DON QUIJOTE.**—Así es la verdad.

II.

Oboe.

En Do  
2 Trompetas.

Timbales.

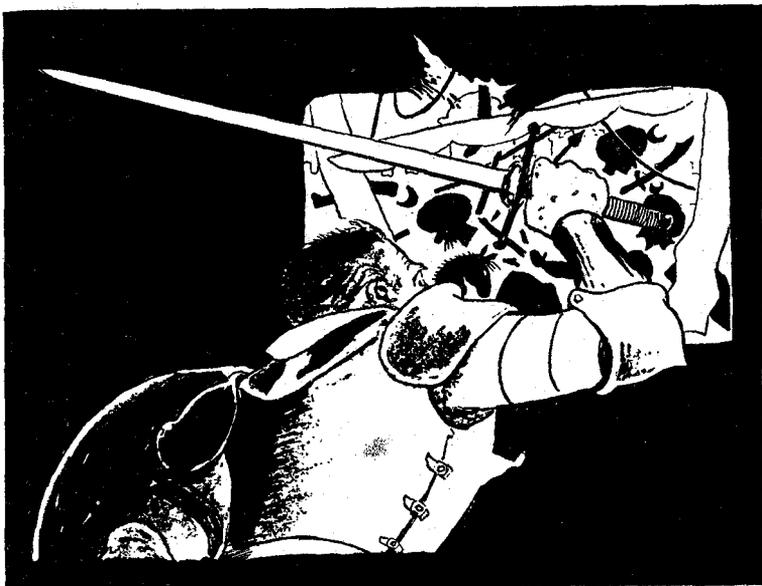
Tambores.



MUCHACHO.—Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes;



cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo.



DON QUIJOTE.—No consentiré yo que en mis días y en

mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como Don Gaiferos. Detenéos, mal nacida canalla, no le sigáis ni persigáis, si no, conmigo sois en la batalla.

MAESE PEDRO.—Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote; y advierta que estos que derriba, destroza y mata, no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire, ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda.

DON QUIJOTE.—Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen Don Gaiferos y de la hermosa Melisendra; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra.

Leyó la parte del *Muchacho*, el niño Rafael Calvo; la de *Don Quijote*, Carlos Fernández Shaw, y la de *Maese Pedro*, Serafín Alvarez Quintero.



# ÍNDICE

---





# Clarines del siglo XVII.

del libro de guitarra de  
Gregorio Sanz.  
(1674)

I.

arreglados por  
Cecilio de Roda.

En Do  
Trompeta

En Do  
Trompeta

Timbales.

The first system of music consists of three staves. The top staff is for the first Trumpet (En Do), the middle staff is for the second Trumpet (En Do), and the bottom staff is for the Timbales. The music is in 3/4 time and begins with a treble clef and a key signature of one flat (B-flat). The first staff plays a rhythmic pattern of eighth notes. The second staff has a whole rest for the first two measures, followed by eighth notes. The third staff plays a steady eighth-note accompaniment.

The second system of music continues the piece. It features three staves: the top staff for the first Trumpet, the middle staff for the second Trumpet, and the bottom staff for the Timbales. The music continues with similar rhythmic patterns and melodic lines.

The third system of music continues the piece. It features three staves: the top staff for the first Trumpet, the middle staff for the second Trumpet, and the bottom staff for the Timbales. The music continues with similar rhythmic patterns and melodic lines.

The fourth system of music continues the piece. It features three staves: the top staff for the first Trumpet, the middle staff for the second Trumpet, and the bottom staff for the Timbales. The music concludes with a final cadence.





## ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	v

### Conferencias.

CÓMO SE HIZO EL «QUIJOTE», por <u>Francisco Navarro y Ledesma</u> :	
Primera conferencia, 29 de Abril.....	3
Segunda conferencia, 30 de Abril.....	38
LA CRIMINALIDAD Y LA PENALIDAD EN EL «QUIJOTE», por <u>Rafael Salillas</u> .....	87
EL «QUIJOTE» Y LA LENGUA CASTELLANA, por <u>Julio Cejador</u> .....	121
LOS INSTRUMENTOS MÚSICOS Y LAS DANZAS EN EL «QUIJOTE», por <u>Cecilio de Roda</u> .....	147
LA IMITACIÓN DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE, por <u>Antonio Palomero</u> .....	179
DE LA MUERTE DE DON QUIJOTE, por <u>Andrés Ovejero</u> .....	189
EL RETRATO DE DON QUIJOTE, por <u>Enrique de Mesa</u> .....	213
DON QUIJOTE Y LA LOCURA, por <u>Ricardo Royo Villanova</u> ...	223
DON QUIJOTE Y EL HONOR, por <u>Alfredo Vicenti</u> .....	253
DON QUIJOTE Y LAS ARMAS, por <u>Ibáñez Marín</u> .....	267
DON QUIJOTE EN CASA DEL CABALLERO DEL VERDE GABÁN, por <u>José Martínez Ruiz (Azorín)</u> .....	293
DON QUIJOTE Y LA RELIGIÓN, por <u>Francisco Jiménez Campaña</u> .....	301
DON QUIJOTE Y EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, por <u>Adolfo Bonilla y San Martín</u> .....	317

	Págs.
DON QUIJOTE Y EL BUSCÓN, por <u>José Nogales</u> .....	339
DON QUIJOTE Y LOS OPRIMIDOS, por <u>Juan José Morato</u> .....	351
DON QUIJOTE EN EL EXTRANJERO, por <u>Ramón Pérez de Ayala</u> .....	361
¿ES UN LIBRO ESOTÉRICO EL «QUIJOTE»? , por <u>Rafael Urbano</u> .....	381
LA POESÍA DEL «QUIJOTE», por <u>Mariano Miguel de Val</u> .....	395

Velada.

DON QUIJOTE Y EL DERECHO, por <u>José Canalejas</u> .....	441
DON QUIJOTE (poesía), por <u>Francisco A. de Icaza</u> .....	451
LAS CANCIONES DEL «QUIJOTE», por <u>Cecilio de Roda</u> .....	455
LETANÍAS DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE (poesía), por <u>Ruben Darío</u> .....	467
DISCURSO-RESUMEN, por <u>Francisco Navarro y Ledesma</u> ....	473
<span style="font-size: small;">J. P. X</span> Retablo de Maese Pedro.....	485

